

15 de Mayo de 1905. Año II. N.º 34

La guillotina en París

Una ejecución en la plaza de la Roquette.

Copia de una fotografía obtenida desde uno de los tejados. El edificio del fondo es la cárcel de la Roquette y frente á la puerta está situada la guillotina. Las fuerzas del ejército forman el cuadro y contienen á la multitud.

Los adelantos en la civilización no han influído en manera alguna para abolir en España la pena de muerte, y hacer, por lo tanto, desaparecer esa fatídica, aterradora y repugnante figura del verdugo, que data de los tiempos más remotos.

Fuéronse ya, y paulatinamente desde el año 1811, aboliendo los tormentos en sus diferentes clases, con que se afligía á los reos por los mismos verdugos antes de la ejecucion, y parecía lógico que iniciada ya esa marcha de humanitarismo, le hubiera alcanzado á la pena de muerte, desapareciendo, por consecuencia, el verdugo, reforma ésta que aunque de grandísima importancia, sería fácil, por cuanto adviértese en las altas esferas, de algún tiempo á esta parte, una aureola de misericordia, repitiéndose casos con inusitada frecuencia de que la gracia de indulto se conceda antes que el verdugo pueda preparar su terrible aparato, y privar de la vida, que sólo es de Dios, á un semejante.

Desde otro punto de vista considerado, es verdaderamente repugnante y bárbaro, cualquiera que sea el sistema de ejecución, y, no obstante lo espeluznante de algunos casos, no se ha llegado á perfeccionar uno que, por humanidad siquiera, hiciera inadvertido al infeliz reo ese instante transitorio de la vida á la muerte; y es que la misma Providencia parece se opone á ello, por ser una *aberración humana*.

Cuando creíamos que el sistema *electrocutor* perfeccionado era el más humano, por lo rápido, nos encontramos con la noticia de que al ser ejecutado en Colombus (Estados Unidos) un sentenciado, estuvo aquel infeliz sufriendo más de media hora. Dos veces le dieron por muerto los médicos, haciéndole retirar del sillón eléctri-

co, y otras dos veces fueron desmentidos los doctores ante los desgarradores quejidos de aquella víctima, hasta que colocado por tercera vez en el sillón, se le sometió por espacio de setenta segundos á una corriente de 1.800 voltios, que dió por resultado la muerte del reo; pero... ¿qué resultó? un horrible olor á chamusquina impregnó la habitación denunciando así que aquel desventurado después de tanto sufrimiento, había muerto quemado interiormente, retrocediendo á los tiempos inquisitoriales, por más que la Inquisición quemaba por fuera.

Este caso, unido al de los dos reos ejecutados en Don Benito, que la torpeza del verdugo y el no estar en condiciones el aparato, hizo aún más repugnante el acto, debieran influir para que se fuera pensando en la abolición de tan terrible pena.

La guillotina en Francia, no sabemos haya proporcionado en su terrorífico funcionamiento ningún caso que hiciera padecer al reo; mas abrigamos la duda de que el sistema corresponda á los sentimientos de humanidad, por el mayor ó menor sufrimiento del ajusticiado.

Como documento curioso, vean nuestros lectores el texto de un manuscrito que se conserva en el Archivo de la Capitanía general del Departamento marítimo de Cádiz.

«Hay una cruz: Arancel para pago de derechos al ejecutor.—Plaza de Ceuta.

	Reales vellón.
Por ahorcar á uno.......... .. .	150
» cortarle una mano....... ...	75
» descuartizar..	375
» cortar la cabeza......	75
Por colgar en la horca, cabeza, menudo y los cuatro cuartos, á 2 pesos pieza........... .	210
» freir la cabeza.......... ..	75
» freir la mano......	75
» colgar la cabeza en público....	30
» colgar la mano en público....	30
» dar azotes.	22
» cualesquiera otra justicia.. ..	22

También se abona el gasto de aceite, carbón y cazuela.

»El ejecutor de esta plaza es desterrado; tiene diariamente por el rey ocho cuartos y un pan, dos reales por la ciudad, y cuatro maravedises todos los días por cada puerto de los del Borne, con la obligación de tenerlo limpio y aseado.—Como coronel de infantería y sargento mayor de esta plaza, certifico que lo anteriormente relacionado es conforme á lo que se practica en ella, y, para que conste, lo firmo en Ceuta á 11 de marzo de 1799.—*Antonio Mondragón.*»

La previsión de nuestros antepasados, llegaba hasta este extremo. Aquellos eran otros tiempos, mas en éstos debiérase suprimir el verdugo, y por ende la pena de muerte, ahorrándose con ello el Estado los sueldos y emolumentos de esas figuras antipáticas y repulsivas, más los gastos que supone el levantamiento de cadalsos, los expedientes de gracia y el atraso salvaje que supone el que la Ley mande que un hombre gane su subsistencia dedicándose al *oficio* de quitar la vida á los demás.

X.

El arte de robar

Robo por medio de un pliego de papel sellado.

Para realizar esta operación se necesitan, por lo menos, tres personas.

El que desempeña la principal parte del trabajo debe buscar un sujeto que, á más de disponer de fondos suficientes, tenga la conciencia ancha para los negocios, de tal manera, que no le importe la índole de éstos con tal que le puedan producir mucha y segura utilidad.

Una vez encontrado el hombre, se presenta usted y le dice:

—Vengo á proponerle á usted un negocio en el que nos podemos ganar unos cuantos miles de francos en el espacio de unas cuantas horas y sin exposición de ningún género.

—¡Hombre!, ¿y qué negocio es ése?—le preguntará á usted el interpelado.

Y usted añade:

—Se trata de una persona que necesita un pliego de papel sellado del año 1880 (por ejemplo, ó de otro cualquiera, con tal de que la adquisición no resulte fácil); y continúa usted: ese sujeto dará por dicho papel lo que se le pida, lo mismo cuatro que cinco mil francos, pues se conoce que tiene sumo interés en el tal pliego; yo sé quién lo tiene y está dispuesto á venderlo; pero si pongo á vendedor y á comprador en contacto, desde luego se entenderán ellos, y maldito lo que conseguiré de utilidad, pues si me dan algo, será una cosa, desde luego, insignificante; además, yo sé que el que tiene el papel sellado está dispuesto á darlo por mucho menos de lo que el que lo necesita está dispuesto á dar; por lo tanto, el negocio es el siguiente: Ante todo, ir á ver al que necesita el pliego, explorar el ánimo del sujeto para ver la cantidad que está dispuesto á dar, y, si es posible, hasta dejar ajustado y cerrado el trato; seguidamente nos vamos á ver á quien vende el pliego, el cual sólo podemos comprar sobre suma y siempre, como es natural, mucho más pequeña que la que hemos convenido con el otro.

Dadas las condiciones del sujeto á quien se le propone el negocio, que no ve riesgo alguno en la operación, y, por el contrario, sí una ganancia segura, lo más probable es que acepte, desde luego, la proposición.

En este caso, el fingido corredor y la ya futura víctima se dirigen á casa del que desempeña el papel de comprador del pliego de papel sellado.

Hay que advertir que en esta operación entra por mucho el tiempo, como se tendrá ocasión de ver.

El sujeto que desempeña el papel de comprador debe ser una persona de aspecto respetable, que estará instalado convenientemente en una casa que luego puede resultar de huéspedes. Este señor recibe afablemente á los visitantes, y al enterarse del objeto que á él los lleva, manifiesta interés sumo por la adquisición del pliego, quedando, por último, convenido en que dará por él cuatro mil francos, por ejemplo, pero con la condición de que han de llevárselo antes, ó por lo menos, á las seis en punto de la tarde.

Cuando nuestros hombres salen de casa de este caballero deben ser, por lo menos, las cuatro y media, y, como es natural, se dirigen á casa del tenedor del pliego; pero éste, á quien llamaremos, por ejemplo, M. Enrique, no se encuentra en su casa, y, según ha dejado dicho, no volverá hasta las cinco y media. Como la hora convenida son las seis, queda todavía tiempo bastante, y nuestros hombres aprovechan la ocasión para dar una vuelta ó entran en un café ó cervecería y toman cualquier cosa.

A las cinco y media en punto, no hay que decir que ambos caballeros están llamando á la puerta del convenido en llamarse M. Enrique; éste no ha vuelto todavía, pero en la casa les dicen que no tardará, y que, por lo tanto, pueden esperarlo. Y así se hace.

Pero M. Enrique no llega hasta las seis menos minutos; y no obstante la impaciencia de los clientes, éste hace de modo que cuando aquéllos salen á la calle ya en posesión del papel sellado, que han comprado por dos mil francos, sean las seis y media.

Como la distancia que separa la casa del que ha vendido el pliego y la del que ha de comprarlo no es corta, se toma el primer coche de punto que pasa; desde luego se conviene que, tratándose del interés que ha manifestado aquel caballero por adquirir el pliego, media hora no importa nada, pues los estará esperando, á no dudarlo, con la mayor impaciencia, y el fingido corredor aprovecha la oportunidad para repetir á la ya víctima que son dos mil francos lo que se ha ganado de una mano á otra, y también debe discutirse la parte que pueda corresponderle como corretaje, conformándose, desde luego, con lo que el ya poseedor del papel le ofrezca.

Pero al llegar á la casa del que había quedado en adquirir el dichoso pliego, le dicen estas ó parecidas palabras:

—¿Ustedes son los señores que quedaron con D. Fulano en venir á buscarle á las seis?

—Sí, señor, ó sí, señora - según el sexo de la persona que hable.

—Pues bien; este caballero los ha estado esperando á ustedes hasta las seis y cuarto, y ha dejado dicho que lo sentía mucho, pero que no podía esperar más tiempo.

Los individuos vuelven otra y otra vez á la casa, pero Don Fulano no ha vuelto; y cuando van á buscarlo por la mañana del día siguiente, se encuentran con la noticia de que el caballero se había marchado en el primer tren, diciendo que no sabía á punto fijo cuándo se le haría posible volver.

Y el caballero, como es natural, lo que vuelve son las espaldas, y el sujeto se queda sin los dos mil francos, pero con el pliego de papel sellado, al cual no es fácil que encuentre oportuna aplicación.

Tal es el modo de realizar el robo por medio de un pliego de papel sellado.

La Benemérita en el peligro

El acta que tenemos el gusto de publicar á continuación habla bien elocuentemente del acto de arrojo realizado por los cuatro bizarros individuos del Instituto, cuyos retratos nos honramos en publicar. Este es uno de tantos hechos como realiza esta gloriosa Benemérita, tan digna de admiración y tan desatendida por aquellos que más debieran considerarla y protegerla.

He aquí el acta del digno Ayuntamiento de Jódar (Jaén):

"La Corporación municipal, en vista del heroico comportamiento que tuvo la fuerza de la Guardia civil de este puesto el 26 del corriente mes, y teniendo en cuenta que tan memorable fecha no fué un día de luto para estos sensatos habitantes, gracias á la persuación y palabras conciliatorias que la fuerza empleó en un principio para con los revoltosos, y á la enérgica actitud que adoptaron después cuando se vieron agredidos de los numerosos grupos que en más de 2.000 personas tenían ocupada la plaza de la Constitución y bocacalles afluyentes á la misma, por unanimidad acordó: Que se haga constar en la presente sesión el voto de gracias que este Ayuntamiento da al sargento D. Manuel Martínez Martos y á los guardias que le acompañaban D. Eulogio Villalón Caballero, D. Antonio Navarro Paso y D. Salvador Moya Lechuga, cuya fuerza, tan luego como recibió aviso de la autoridad, inmediatamente se presentó en el preciso momento en que por acuerdo del Ayuntamiento y mayores contribuyentes que se hallaban reunidos en estas Salas Capitulares, se publicaba un bando haciéndole saber al vecindario que con arreglo al precio del trigo el pan no se podía dar á menos de 75 céntimos los dos kilos, á lo que los revoltosos y más exaltados, con grandes voces y palabras ofensivas y amenazadoras para las autoridades, decían que el pan se les había de dar á 30 céntimos, en cuyo acto llegó la expresada fuerza, y tan acertadas disposiciones dió el sargento á los tres guardias de que disponía, que á pesar de las agresiones que con piedras les hicieron varios grupos, lograron despejar la plaza y calles inmediatas sin que hubiese que lamentar desgracia personal alguna.



1. Sargento D. Manuel Martínez Martos.—2. Guardia 1.° Eulogio Villalón Caballero.—3. Guardia 2.° Antonio Navarro Paso.—4. Guardia 2.° Salvador Moya Lechuga.

Es innegable que ante la actitud imponente de los grupos de trabajadores y mujeres que alentaban á los hombres gritándoles que no tenían tales y que le temían á cuatro gatos, el acto fué verdaderamente temerario y, por lo tanto, que tan reducida fuerza se hizo acreedora á que el importante servicio que prestaron en dicho día les sea recompensado.

También acordaron: Que en el deseo este Ayuntamiento de premiar tan extraordinario servicio, si el Instituto ú Ordenanzas de este Benemérito Cuerpo no lo impiden, se le conceda al sargento D. Manuel Martínez Martos un objeto de arte conmemorativo del citado día, que se ponga en conocimiento de los jefes del Cuerpo, con copia certificada de esta acta, el acuerdo que antecede, para que si consideran que en los hechos citados han concurrido méritos bastantes para la concesión de una recompensa militar, se dignen proponerlo á la Superioridad en favor de los expresados señores.

Que asimismo se participe este acuerdo al sargento D. Manuel Martínez Martos, para su conocimiento y el de la fuerza de su cargo, á fin de que sirva de estímulo á la Benemérita Guardia civil.

El particular que antecede está en un todo conforme con el acta original á que me refiero. Y para que conste, pongo la presente, que firmo con el visto bueno del señor Alcalde, en Jódar á treinta de Abril de mil novecientos cinco.—Siguen las firmas.—V.° B.°: *Joaquín Galván*, *Tomás Tirado*."

Estamos preparando una preciosa novela, que seguramente será el encanto del hogar. Su publicación empezará dentro de este año, aunque tengamos que publicar dos novelas á la vez: **Hazañas de tres bandidos,** que es la que actualmente estamos dando, y la nueva, que todavía no tiene título preciso.

Establecimientos penitenciarios extranjeros

La Conserjería

La Conserjería es la más antigua y la más célebre de las prisiones de París. Hay quien asegura existía ya en 1391, y Máximo del Camp pretende que San Luis edificó la *Torre Cuadrada* ó Torre del Reloj.

Los antiguos calabozos de esta cárcel son lo más espantoso que concebirse puede. El poeta Clement Marot, que estuvo preso allí algunos días, ha escrito:

Yo no creo haya nada en el mundo
que más se parezca á un infierno inmundo.

Durante la Revolución el régimen de la Conserjería no experimentó mejora alguna. En el *Almanaque de las Prisiones*, publicado bajo el Terror, puede leerse: «La paja de que se compone el lecho de los prisioneros se corrompe por la falta de aire.»

Los carceleros iban acompañados en su vigilancia por enormes perros. La historia ha registrado el nombre de uno de estos animales: Ravage, que se dejaba sobornar por un pedazo de carne.

En 1853 podían verse los restos de estos calabozos, que daban una idea de lo que podía ser la antigua prisión. La peste hizo estragos varias veces en esta inmunda ergástula, especialmente en 1548. La tan conocida expresión «la húmeda paja de los calabozos», era en aquellos tiempos una espantosa verdad. Esta paja húmeda, jamás renovada, á la que se añadía simplemente de vez en cuando un poco de paja seca, formaba un montón de podredumbre sobre los que yacían, devorados por los gusanos, los que se llamaban prisioneros del rey.

San Vicente de Paul obtuvo de Luis XIV autorización para visitar la Conserjería. Los calabozos abriéronse ante el santo, quien al contemplar tantas penalidades, tantos horrores, tantos sufrimientos, lloró desconsoladamente.

Durante el reinado de Luis XVI introdujéronse algunas reformas en el régimen interior, entre ellas una enfermería donde cada enfermo tenía un lecho para él solo.

La Conserjería servía entonces de cárcel á los prisioneros políticos y á los de derecho común, encerrándolos mezclados sin distinción. El barón Riouf, que fué encerrado poco antes de la Revolución, refiere en sus Memorias:

«Me metieron en el calabozo más infecto. Estábamos absolutamente privados de claridad. El aire era mefítico. En un terreno de doce pies cuadrados habíannos metido á siete, entre ellos dos ladrones y un asesino condenado á muerte.

»Por la tarde, tres calaboceros, seguidos de enormes perros, fueron á visitarnos. A la luz de sus linternas, que alumbraron aquella caverna donde jamás penetra el sol, pude darme cuenta de todo el horror que me rodeaba.»

Desde entonces la Conserjería ha cambiado mucho; en la actualidad es una de las prisiones más sanas; sus celdas son vastas y bien aireadas. Los condenados están casi tan bien como en su casa.

Hay 76 celdas, 74 de las cuales están ocupadas por detenidos y dos por vigilantes.

La Conserjería es hoy una cárcel de paso donde las estancias son rápidas, llegando rara vez á quince días. Algunos sólo permanecen horas esperando las últimas formalidades del procedimiento criminal.

En estas condiciones parece ser que el *confort* no es tan necesario aquí como en otros establecimientos.

No obstante, las celdas están bien instaladas y cuentan cuatro metros de largo por dos de ancho. A causa del gran número de detenidos tienen que meter á veces dos individuos en la misma celda.

Una de éstas está «capitonada», que se destina á los individuos furiosos ó en un estado de sobreexcitación tal que les impulsara á atentar contra su vida. También sirve de celda de corrección.

En la Conserjería no se trabaja y está autorizado el uso del tabaco. Los detenidos pueden disponer de una biblioteca de más de mil volúmenes.

Una docena de reclusos, que después de cumplir la condena se quedan en la prisión como auxiliares, están encargados, bajo la dirección de los vigilantes, de la limpieza y distribución de víveres.

El «promenoir» (sitio donde se verifica el paseo), comprende diez departamentos cubiertos en parte, cerrados por puertas provistas de cristales. Los detenidos pasean una hora todos los días.

Los departamentos para el paseo están á derecha é izquierda de un pasillo por el cual, y á través de los vidrios de las puertas, dos guardianes ejercen una activa vigilancia.

Bajo el Directorio, el Consulado y el Imperio, la Conserjería abrigó numerosos prisioneros, entre ellos Georges Cadoudal y el general Mallet. En tiempo de Luis XVIII allí fueron encerrados el general La Bédoyère, el mariscal Ney y el conde de la Valette, que logró evadirse merced á la audacia de su esposa, mujer hermosísima, con la que cambió de traje en la última visita que le hizo á la cárcel, saliendo el general disfrazado con los vestidos de su mujer y quedándose ésta en la celda con el traje de su marido.

En 1870, Louvel, el asesino del duque de Berry, fué encerrado en la Conserjería. Los cuatro sargentos de La Rochella también fueron allí encerrados en septiembre de 1822. Durante la Restauración aquella prisión servía de depósito de condenados á muerte.

En 1835, Fieschi, autor de un atentado contra Luis Felipe, ocupó una celda de la Conserjería.

También estuvo preso en la famosa cárcel el príncipe Luis Napoleón.

Pedro Bonaparte, acusado de la muerte de Víctor Noir, estuvo en la Conserjería desde el 11 de enero de 1870 al 15 de marzo siguiente.

Durante el terrible período de la Commune, la Conserjería

El departamento de celdas.

El corredor de los Girondinos.



recibió una porción de detenidos políticos, especialmente sacerdotes y gendarmes. La prisión fué ocupada por el ejército de Versalles el 25 de mayo por la mañana. No debemos pasar sin mención entre los detenidos de nota al príncipe Jerónimo Napoleón y al duque de Orleans.

Y para terminar con la lista de personajes célebres que se *hospedaron* en la Conserjería, citaremos los siguientes: Pranzini y Prado, matadores de mujeres galantes; Anastay, el teniente asesino, y el famoso anarquista Ravachol. Por último, el célebre ingeniero Mr. Lepseps, complicado en el escandaloso negocio del Panamá; el corruptor Arton, que distribuyó cheques «panamistas», y los Humbert, que tanto han dado que hablar en estos últimos tiempos y que, como el lector recordará, fueron presos en la calle de Ferraz de esta corte.

Estudios sociológicos.

Caracteres generales de los malhechores españoles.

Las lecciones del crimen.—El timador tirador de ochavos.—En qué consiste este *timo*.—La jerarquía en el mundo del crimen y los delincuentes de orden inferior.—El *timo* del *camara*.—Resumen.

I

Son tantas las clases y subclases de malhechores, tan variados los procedimientos adoptados por los mismos para mejor apoderarse de los bienes ajenos sin la voluntad ó contra la voluntad de sus dueños, tan distintas las formas de la delincuencia, desde las toscas y feroces de los pueblos salvajes y atrasados hasta las refinadas de los pueblos más cultos, tan frecuentes las modificaciones de las mismas y aun las creaciones de otras para adaptarlas á las movibles condiciones de la vida social, tan denigrantes los usos y costumbres de las respectivas agrupaciones de esos perennes enemigos de la sociedad y contraventores de sus leyes, que si á todo ello hubiéramos de referirnos en la fijación de sus caracteres individuales y colectivos, precisáramos llenar extensos volúmenes que llegarían á producir fatiga. Por eso, como repetidamente hemos indicado, no ha sido otro nuestro propósito que dar á conocer tal como es, en su naturaleza íntima, en su manera de ser y de vivir, y en sus más generalizadas y características manifestaciones punibles, al delincuente profesional especial hemos procurado limitarnos, así en las consideraciones generales como en los ejemplos tomados de casos prácticos, á los tipos descollantes, á los engendrados por la educación y por el hábito, á los que mejor patenticen ó poner de manifiesto el contagio del mal.

Del ladrón y asesino que fríamente y con extraordinaria astucia prepara sus horribles atentados, del hábil *espadista* que no deja cabo alguno por atar para realizar felizmente su *negocio*, y del no menos hábil y prudente ladrón que efectúa el robo por medio del escalo, hemos descendido en la escala hasta la ágil y atrevida *mechera*. Ahora, bajando un escalón más, diremos algo del *tirador de ochavos*, para llegar por esta especie de gradación, al *timador-tomador del camara*, tan menospreciado y vilipendiado en el mundo del crimen.

Sabido es que la *profesión* de malhechores—y rogamos á nuestros lectores que nos perdonen la profanación de la palabra profesiva—es una de las que requieren más aptitud y mejor escuela. Así nos lo manifestaba en cierto establecimiento penitenciario un *timador* que demostró podía calificársele, y que añadía una explicación de su pensamiento: «A nosotros nos sucede lo que á los toreros: no podemos olvidar las reglas ni prescindir del arte, ni acometer negocios difíciles, sin tener muy sabidos y muy practicados los fáciles, y sin que haya un maestro que nos dirija y en caso necesario nos eche su capote.

Los *maletas* que saltan al redondel sin tener presente todo esto, lo pagan con frecuencia recibiendo un revolcón, un puntazo ó una grave cornada. Nosotros lo pagamos también muy

La salida de la Conserjería



caro, pues caemos en poder de la Policía y somos cogidos por la justicia, cuyas cogidas no dejan de escocernos.»

Para evitar esas *cogidas que escuecen*, pero, por desgracia, más escasas de lo que fuera de apetecer, tienen los malhechores su aprendizaje, sus maestros, sus guías y sus hechos casi escalonados. Los hurtos de pañuelos, los que se verifican *al descuido*, y algunos *timos* poco complicados, son los únicos que encomiendan á sus aprendices. Cuando en ellos han demostrado sus facultades, habilidad, agilidad, atrevimiento, astucia, serenidad, etc., los *veteranos del crimen* amplían sus lecciones que, hasta cierto punto, como pruebas de aptitud pueden considerarse, siendo de comprender entre ellos, y cual *novatos* los que la practican, la de *tirar los ochavos*, timo muy característico, que revela una de las fases de la delincuencia profesional, que ofrece la doble particularidad de los sitios y reuniones en que se practica y de venir á constituir esa prueba de aptitud ó ejecución práctica, y que demuestra también lo que en general son nuestras cárceles y presidios, donde por lo común se enseña, centros apenas de castigo, mucho menos de corrección, y es allí grado de enseñanzas perniciosas.

Manuel Gil Maestre.

(Continuará.)

Bombas y petardos

Desde la bomba clásica que, desgraciadamente, hizo tantísimo hablar en estos últimos años, hasta la caja de hierro repleta de serrín, numerosa es la lista de los instrumentos confeccionados por los discípulos ó admiradores de Ravachol, Vaillant, Caserio y otros protagonistas de esta índole.

El laboratorio municipal de Londres sabe de esto alguna cosa; sus químicos podrían instalar un verdadero museo con los explosivos tan frecuentemente presentados para sus análisis.

Los ingleses, gente práctica, han conservado y catalogado cuidadosamente todos los instrumentos de los cuales la Policía ha podido apoderarse; esta colección tan original se encuentra en Scotland-Yard (dirección de Policía).

Los anarquistas se precian de cierta manera de enriquecer cada año sus museos de piezas curiosas, que la Policía londonesa clasifica con la más grande exactitud.

Pero no admiten á los que quieren contemplar esos argumentos sorprendentes y fulminantes; un periodista tuvo que apelar á toda su habilidad para entrar en la plaza. Gracias á un amigo, alto funcionario de Londres, el coronel Majendie, pudo ver y tener explicación de cada una de las máquinas infernales, ó de los restos, que hay en Scotland Yard.

Citaremos algunas de sus observaciones, por las q e se puede comprender la inteligencia é iniciativa de sus «compañeros», conocida la enorme diversión que experimentan en la confección de sus aparatos.

De 1880 á 1892 hubo setenta atentados anarquistas en Inglaterra, dirigidos contra alguno ó alguna cosa: las bombas revestían las formas más variadas.

Aquí un biberón inofensivo y de aspecto inocente; allí un pedazo de carbón: los dos cargados de dinamita para hacer volar una banca ó quizá un cuartel.

Una bola cargada de dinamita puesta en la vía férrea para hacer volar un tren de lujo.

Después de esos procedimientos ingeniosos, pero sencillos, los anarquistas se revelan como artistas y mecánicos consumados; desde 1881 un aparato de relojería estaba combinado de tal modo, que á la hora que se quería se producía un movimiento haciendo caer un cuchillo que cortaba el hilo que retenía un resorte de percusión, al cabo del cual estaba el cartucho; seis barcos fueron encontrados de esta peligrosa carga mezclados entre fardos y cajas para no llamar la atención.

El cigarro explosivo es menos complicado, pero es de un efecto maravilloso para quitar de enmedio á alguien que estorbe.

Quien opera aquí es la misma víctima. Enciende su cigarro habano, saborea los primeros vahos con gran satisfacción, pues el tabaco es de buena calidad, pero de repente estalla.

Para los fumadores se preparaban también unas tabaqueras repletas, en sus tres cuartas partes, de una substancia fulminante. Entre otras, fué enviada una á M. Forster, jefe secretario de Irlanda; afortunadamente, ésta no ha sido nunca abierta.

En 1883 la fabricación de la nitroglicerina tomaba vastas proporciones; el transporte se hacía en las mismas barbas de los policías; así en la metrópoli de Londres se detuvo á un individuo que había pasado, ocultas, 40 libras de ese producto peligroso en un par de botes de pesca.

Pero bien pronto la nitroglicerina fué reemplazada por un producto de importación americana, el polvo Atlas; no había cosa igual para hacer saltar vías, trenes y túneles.

Puesto en un fardo el equipaje, un movimiento de relojería le hacía explotar á tiempo y en lugar que se deseaba; puesto en los rails, se producía el mismo resultado al pasar el tren.

Gracias á un valioso olvido en la estación de Gaddington, se pudo descubrir la existencia del polvo Atlas.

Un coronel llevó el instrumento á su casa, no sin haber antes separado el polvo; al cabo de doce horas, el movimiento de relojería hizo caer un martillo, que hizo estallar el fulminante.

Boirkenhead tenía en 1884 un fabricante de bombas de modelos múltiples; muchos tenían la forma de un huevo y tres ó cuatro percutores; el sistema moderno de Orsini ha valido para llevar á muchos hombres á la horca.

La química es el mejor auxiliar del anarquismo; la bomba Daly, compuesta de una mezcla detonante que no puede deflagrar más que al contacto de un ácido ¿Qué hacía Daly? Encerraba un ácido en una frágil ampolla de vidrio; al menor choque, el cristal se quebraba, dejando paso al ácido.

El coronel Majendie, del cual hemos hablado ya, pudo procurarse una de esas bombas, que colocó en una habitación de hierro donde estaban reunidos 12 hombres... de madera.

Produjo la explosión con la ayuda de la electricidad, y los 12 hombres recibieron 168 heridas. Es probable que si los hombres hubieran sido de carne y hueso, se hubieran hecho pedazos.

Daly, que se ha hecho nombre con este ingenio, era un industrial concienzudo; enviaba productos de buena calidad y no se olvidaba de añadir en cada envío una nota indicando la manera de servirse de ellos.

En 1885 se recogió en Liverpool un tubo metálico que encerraba nitroglicerina y ácido sulfúrico; una hoja de papel separaba los dos productos. El ácido roía el papel y... conclusión idéntica á las precedentes.

En este mismo año los miembros de la Cámara de los *Comunes* (Congreso de los Diputados) ¡de buena se libraron!

Una bomba estalló en la sala de sesiones y causó 100 000 francos de pérdidas materiales, pero víctimas ninguna; esos señores, fatigados por los trabajos de los dos días anteriores, se habían concedido un pequeño asueto; los anarquistas ignoraban ese detalle.

En esta ocasión fueron detenidos, juzgados y condenados dos individuos.

La máquina infernal de Salisbury, fuera en serio ó en broma, intrigó por mucho tiempo á la Policía, la cual no dió paz á la mano hasta echar el guante á dos supuestos ó verdaderos autores del atentado, que fueron condenados.

Lord Clauricorde culpable, á los ojos de los Fenianos como trasgresor de la ley, fué condenado á muerte por ellos en 1889. El piso de su salón fué minado y lleno de bombas; la explosión debía producirse al abrir la puerta de la habitación. Afortunadamente para el lord, no entró aquel día en la habitación, y las bombas fueron descubiertas.

Esta rápida exposición dos demuestra cuán fecunda es la imaginación de los anarquistas, que ponen su inteligencia al servicio de sus odios.

Los tres ladrones

Un mujik llevaba al mercado de la ciudad, para venderlos, un macho cabrío y un pollino. Un cencerro pendía del cuello del primero.

Tres ladrones vieron al mujik; uno de ellos dijo:

– Voy á robarle el macho cabrío sin que lo note.

Otro ladrón dijo:

– Después, yo le robaré el asno.

—Tampoco es difícil—dijo el tercer ladrón.—Yo le robaré toda la ropa que lleva puesta.

El primer ladrón se acercó furtivamente al macho cabrío, quitóle su cencerro, que ató á la cola del asno, y se le llevó.

En una vuelta del camino el mujik notó que le faltaba el macho cabrío. Púsose á buscarle. Entonces el segundo ladrón salió al encuentro del mujik y preguntóle qué buscaba. El mujik le respondió que le habían robado un macho cabrío.

—Le he visto —replicó el ladrón.—Hace un momento pasaba por el bosque un hombre que conducía un animal como el que dices; aún puedes alcanzarle.

El mujik corrió en busca de su macho cabrío; el ladrón encargado de tener cuidado del asno, poco tardó en huir con él.

Cuando el mujik se volvió y se encontró también sin asno, echándose á llorar marchó sin ver hacia donde.

En el camino, cerca de un estanque, se encontró con otro hombre que también lloraba. Le preguntó qué tenía.

El hombre refirió que se le había encargado de llevar á la ciudad un saco lleno de oro; que se había dormido cerca del estanque y que durante su sueño, el saco había caído al agua. Entonces el mujik le preguntó por qué no se echaba á nado para buscar su oro.

Me asusta el agua —contestó el hombre.— No sé nadar. Daría con gusto veinte piezas de oro al que sacara lo caído.

El mujik pareció alegrarse; pensó:

—Dios quiere resarcirme de la pérdida de mis bestias.

Se desnudó y entró en el estanque; no halló nada.

Cuando salió del agua su ropa había desaparecido.

Aquel hombre, que era el otro ladrón, habíasela robado.

León Tolstoy.

Añagazas de policías célebres

¡Cuántas estratagemas y astucias de guerra, qué arte de transformaciones y de metamorfosis está obligado á poner en práctica el policía para descubrir la pista de los criminales hábiles!... Para introducirse cerca del hombre de quien sospecha sin despertar su desconfianza necesita á cada momento cambiar de indumentaria y de personaje, improvisar verdaderas escenas de comedia. Ante los ejemplos que vamos á dar á continuación, tomados de la historia de los más famosos policías, pregúntase uno qué es lo más digno de admiración: la destreza ó la intrepidez, la fantasía ó la bravura de estos modestos agentes del deber, que conservan, bajo la constante amenaza del peligro, su sangre fría y su fertilidad de invención.

● ● ●

El agente de Policía debe saber disfrazarse con más arte que el cómico que cuenta con la complicidad de todos los recursos escénicos. Según se trate de vigilar una casa, de seguir á un malhechor, de sorprender una conversación en un tren de lujo, el agente de Policía tiene que representar distinto papel. En el adjunto grabado representamos cuatro encarnaciones distintas de un policía que posee la suprema habilidad del disfraz. Refiramos algunos curiosísimos hechos.

En la época del extraordinario Vidocq, primer jefe de la Policía de París, después de haber sido presidiario, presentóse un caso embarazoso. Tratábase de prender á un individuo peligroso llamado Fossard. Lo único que pudo averiguarse acerca del sujeto era que habitaba cerca de los bulevares; que las ventanas de su cuarto tenían cortinas amarillas, y que en la misma casa vivía una jorobadita, costurera y amiga de su mujer.

Vidocq se metamorfoseó en un buen burgués sexagenario y se echó á buscar las cortinas amarillas. Pero por ninguna parte aparecía el gualdo cortinaje. Era necesario encontrar á la jorobadita. Vidocq se instaló muy de mañana cerca de la tienda más concurrida del barrio. Al poco tiempo apareció una jorobadita, compraba leche y se volvía á su casa de la calle de Petits-Carreaux. El supuesto viejo la abordó con gran cortesía preguntándole:

—¿No es aquí donde vive el Sr. Fossard?

—Ayer mismo se mudó, é ignoro dónde ha ido—contestó la jorobadita.

El golpe hubiera fracasado para otro que no hubiera sido Vidocq, que volvió á preguntar:

—¿Y se ha marchado solo?

—No, señor; se ha ido con su mujer, una alta y hermosa dama, morena, que tiene ojos muy bonitos y la nariz respingona... Pero, Dios mío, ¿qué le pasa á usted?

Vidocq había caído de rodillas sollozando como un niño.

—¡Su mujer!... ¡Ay!, ¡es la mía! La infiel ha huído y esperaba encontrarla.



Todo ha concluído para mí, señorita. No me queda más recurso que morir.

La patética escena, tan admirablemente representada, conmovió de tal modo á la jorobadita, que prometió al pobre anciano abandonado que ella haría porque reconquistase la infiel esposa.

Dos días después el sexagenario posaba sobre el hombro de Fossard una mano cuyo vigor era realmente sorprendente.

* * *

Durante los primeros años de la Restauración, un gentilhombre español, complicado en una conspiración, suponíase estaba oculto en una casa de la calle de Caumartin. El criado había dicho que «el señor conde» estaba en Londres. Imposible forzar la puerta y violar el domicilio.

¿Qué hace entonces el inspector Canler, que luego fué jefe de Policía?

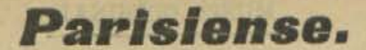
Dirígese á uno de sus antiguos camaradas de regimiento, lacayo de una baronesa, y le pide prestada una librea, zapatos y medias blancas.

Inmediatamente, con este disfraz, vuelve corriendo á la calle de Caumartin, se mete en la casa, sube en dos zancadas la escalera y llama precipitadamente á la puerta del conde. El criado abre. Canler se precipita en el interior, sofocado y sin dar tiempo al doméstico á volver de su sorpresa, corre de salón en salón y de cuarto en cuarto. En la biblioteca, un señor está perezosamente recostado en un sillón, fumando un habano y leyendo un periódico. Canler hace como que no le ha visto, corre á la ventana que se abre sobre el jardín, se inclina y llama: «¡Fifil, ¡Fifil, ¡Fifil», y se deja caer sobre una silla con aire de desaliento.

Decídese, al fin—sabiendo ya lo que quería saber—á contestar á las reiteradas preguntas del criado de la casa, diciendo que ha dejado escapar el loro de su señora y creía haberle visto posarse en uno de los árboles del jardín. Luego se retira dando mil disculpas al criado, y como si no hubiese advertido la presencia del amo.

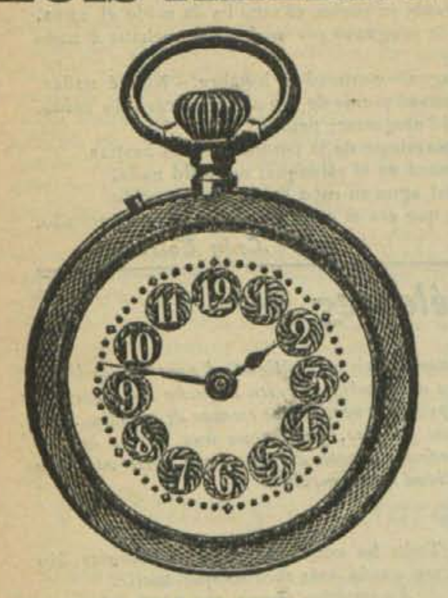
Al día siguiente el señor conde era expulsado de Francia.

Relojería



LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.-Madrid.



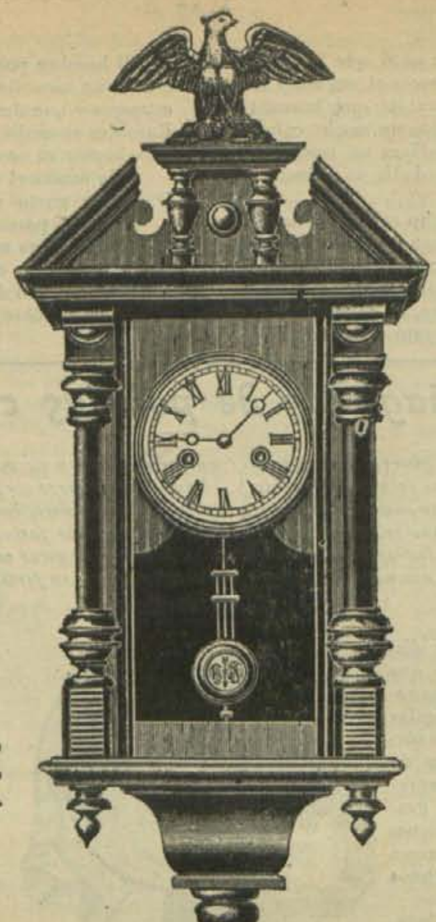
El Cronómetro.

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior.............. **19,50 pesetas.**

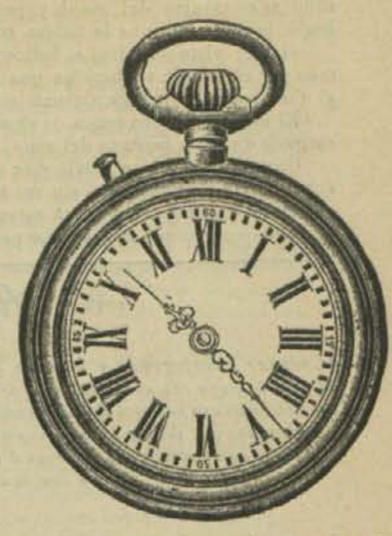
Idem de acero.................. **18,50** —

Idem de níquel puro.......... **18,50** —

En 4 plazos mensuales.



Reloj regulador **48 horas** de cuerda, de doble maquinaria, una especial para despertador, máquina superior; dos campanas, timbre fuerte por despertador. Caja de nogal barnizada. **En 4 plazos. 30 pesetas.**

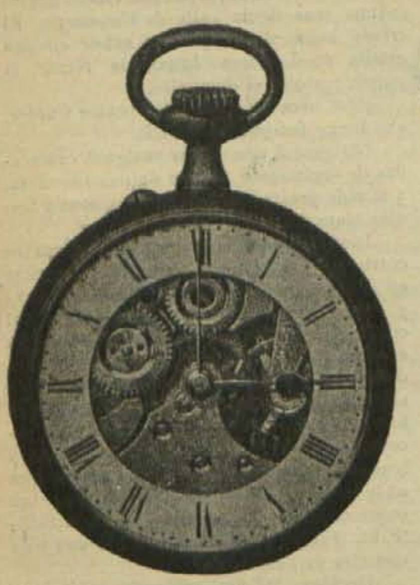


Regulador Patent de los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

En acero azulado.................. 28 ptas.
Idem en níquel puro (extraplano). 27 »
Idem grabado, no extraplano ,... 25 »

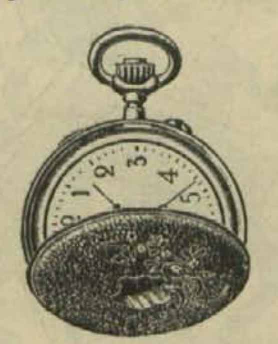
Recomendamos especialmente esta clase de relojes.

En 4 plazos mensuales.



¡Última novedad! Máquina extrafina; precisión. Caja de acero azulado, extraplano, **36 pesetas.** Idem micronómetro, 15 rubíes, **42 pesetas.**

En 4 plazos.



Reloj de señora.

Magnífico reloj de doble tapa, símil oro chapeado, buena máquina garantizada. La verdadera imitación del reloj de oro, **30 pesetas.** Idem tapas de plata, **25.** Idem máquina extra, **28.**

En 4 plazos mensuales

Va acompañado de su estuche y gran cadena dorada.



¡Gran novedad! Magnífico reloj de acero con **despertador,** de bastante fuerza, gran solidez, máquina superior; muy conveniente por tener siempre el despertador en el bolsillo. **45 pesetas en 5 plazos.**

Visto ligeramente abierto.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid.**

Madrid.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.